

Orlando Sierra

De poemas, amor y muerte, y otros caprichos nihilistas

CARLOS FERNANDO ALVARADO DUQUE¹

¿Cuán difícil es responder la pregunta por el sentido de la poesía? Si bien se opta por su utilidad, rasgo propio de la técnica, parece un sinsentido práctico. No obstante, alguien bien puede decir que es útil para pasar un rato amargo o para celebrar algún momento feliz. Quizás incluso se pueda aducir que tiene una función social en tanto expresión de la capacidad creativa de nuestra especie, incluso de un ‘hacer’ que de cierto modo no se agota en el *hacer*. Pese a todo ello, no hay satisfacción total respecto al posible sentido de la poesía porque a muchos les seduce (sin saber exactamente la razón), porqué incluso tiene sentido a pesar de orbitar rozando (o incluso al interior de) la sinrazón. Y, querido lector, lejos estamos de resolver este misterio, si es que es resoluble o, incluso, amerita hacerlo.

Nos gustaría solo sugerir algunas pistas que algunos grandes pensadores han abierto para el fértil terreno de la poesía. Primero señalar que la palabra tiene el don de la fundación. Y con ello

queremos insinuar que es capaz no solo de crear un universo imaginario, sino de instalar un mundo habitable. Esto lo ha tematizado con claridad Heidegger y su interés por los poetas (en especial su análisis de Hölderlin). “La poesía es la instauración del ser por la palabra” (1998, p. 137). Segundo, la idea de que el poeta es un hijo amante. Hijo porque sabe que le antecede un padre sobre el cual orbita, amante porque es motivado por una atracción incontrolable, porque lo mueve del desvarío de quien cree encontrar un mundo en otro cuerpo. María Zambrano ha tejido con detalle esta perspectiva al poner en contrapunto al poeta con el filósofo. “Lo hemos definido como amante (...) porque se dirige hacia sus orígenes, porque todo lo espera de ellos y por nada está dispuesto de lo que le engendrará” (1993, p. 106). Tercero, diremos, la poesía al operar en la órbita del lenguaje tiene como tarea un sabotaje. La virtud del poeta es hacer que la gramática se fracture. No puede abandonarla por completo (o eso parece), pero debe romper parte de sus reglas para operar. Y nos gusta precisamente esa capacidad de hacer que el sentido emerja justo cuando parece que el sinsentido se manifiesta. Por eso tal vez tengamos claro, en calidad de lectores, que no podemos creer en el

1 Comunicador Social y Periodista. Profesor del Núcleo de Formación Básica y Disciplinar de la Escuela de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. cfalvarado@umanizales.edu.co

mito de la literalidad o que el lenguaje opera en clave referencial.

Orlando Sierra, queremos creer, fue un poeta bajo las pistas que ante sugerimos. No solamente porque este título le haya sido otorgado a razón de sus poemas publicados o porque en plan de biografías muchos recuerden de este otro modo de nombrarle. Un sinnúmero de sus amigos y conocidos lo recuerdan por esta faceta. Además de periodista era poeta, aseguran. Y quizás, incluso, podría decirse que antes de periodista fue poeta. Y no únicamente porque publicase su primera colección de poemas antes de los veinte años, sino porque la poesía siempre ha estado presente en su escritura, siempre, de múltiples maneras, puede reconocerse en su trabajo de cronista o en su tarea de columnista. En vida publicó tres poemarios: *Hundido entre la piel* (1978), *El sol bronceado* (1985) y *Celebración en la nube* (1992). Quedó en el tintero un cuarto libro de poemas que alcanzó a ser titulado: *Simulacro del paraíso* y otros poemas, hasta donde sabemos, huérfanos de obra. Algunos de estos poemas fueron recogidos por Fabio Vélez Correa y publicados en calidad de recopilación en el año 2014.

Queremos, simplemente, dibujar algunas de las líneas que el trabajo poético de Orlando sigue, como exaltar la fuerza, ya sea en calidad de fundación, de violencia contra el lenguaje, como su rol de poeta, hijo amante, que está consignado a lo largo de sus poemarios. Como ocurre con la gran mayoría de obras poéticas es difícil una sintonía total. Y bien puede deberse a las propias expectativas (como marcas biográficas) de quien lee. Pero, creemos, el poeta se reconoce en el fragmento. Con una sola imagen escondida en unas líneas o un solo poema en una obra gruesa puede

fundar un mundo completo, afectar una época, generar una marca histórica. Y nuestra lectura de este poeta bien reconoce que esas marcas o esos fragmentos están presentes. Orlando nos regala imágenes dignas de la historia, nos entrega poemas capaces de recordarnos el papel de la poesía como fundación.

Quisiéramos decir, a modo de comentario general, que la tendencia formal de nuestro autor se decanta por cierto minimalismo. Esto puede reconocerse tanto en la extensión lingüística de sus poemas, algunos muy cortos, como en la anuencia a una complejidad en términos retóricos. No se nos malentienda, hay figuras de cargada fuerza retórica, pero su valor radica en su simplicidad, en que pueden ser reconocidas como si se tratara de herramientas simples,



con una función única, incapaz de ser canjeada por otra.

Los motivos casi pueden adivinarse como conductores de sus obras. Diremos que uno de ellos es la existencia. Una pregunta por su razón de ser, una duda por su sentido, el reconocimiento de su fragilidad, su ausencia de justicia, la amenaza de la finitud que le acompaña. Esta dimensión la atestigua *Hundido entre la piel*, obra de juventud que revela el trabajo del poeta enamorado que tiene dudas frente al padre simbólico.

En *El sol bronceado* se atestigua el trabajo de la poesía sobre los poetas. Y con ello queremos decir que se canta a otros poetas que bien no todos son necesariamente reconocidos bajo este género. Están en sus letras evocados Louis Armstrong, Carlos Gardel, Walt Whitman, Fernando Pessoa, entre otros. Gesto que no solo es tributario, sino que nos recuerda que el trabajo poético se hace en la inevitable intertextualidad que caracteriza el campo cultural del hombre.

El motivo que guía *Celebración en la nube*, quizás el más figurativo de su trabajo, diremos, es la incorporalidad. Con esto queremos hacer alusión a cierta forma de revelar lo que no se ve en los cuerpos, lo que los cuerpos vehiculan, lo que los cuerpos esconden. Y en este caso se recurre a un conjunto de símbolos, al buen estilo de Octavio Paz (y que recuerdan las lecturas fenomenológicas de Bachelard, 1993), que nos conectan con esa ingravidez: nubes, aire, pájaros fácilmente nos sugieren esa liberación del peso del cuerpo.

Deseamos hacer una suerte de curaduría de la poesía de Orlando. La selección que hemos hecho responde tanto a una muestra (uno o dos poemas) de cada libro (incluido un caso de la obra inédita)

ta) como a la capacidad de afectarnos en calidad de lectores. Dos intenciones nos jalonan. La primera, muy simple, hacer circular, quince años después de su muerte, parte su obra para nuevos lectores (como bien señala Adriana Villegas en un artículo sobre los libros del Periodista y Poeta, no es fácil acceder a su trabajo literario). En esa medida, creemos que no solo permitimos acceso sino que lo hacemos curando; es decir, dando vida a lo que, en otras circunstancias, bien puede caer en el olvido, una de las peores muertes. La segunda intención es poner en evidencia, con unos cortos comentarios sobre cada poema, la manera en que dan cuerpo a la fundación de mundo, la violencia contra el lenguaje, al poeta como hijo enamorado.

I

Imprecación de nada

¡Nada! no quiero nada de la nada pura;
y quiero lo vacío de la nada incierta,
y quiero la nada del pasado, muerta,
y quiero la nada del presente, yerta,
y quiero la nada del futuro oscura.
Y por todo y por nada y por la nada,
no quiero nada de lo que es la nada.

(*Hundido entre la piel*)

Poema en silencio

He de quebrar lanzas cromadas
al olvido.
No quiero más
el suplicio entra la piel.
Definitivamente
vivir es un continuo
nacer contra el espacio,
poblando la esperanza
con sueños del ayer.

(*Hundido entre la piel*)

Muerte no me llares

Muerte:

no me llares,

voy a ti,

yo no estimo el valor que da la vida,

ya mis pasos

caminan hacia adentro

ya mis sueños reclaman su partida.

(Hundido entre la piel)

Señales de difunto

Empezaré por decirles

que no me importa el refugio.

Se de antemano donde se halla el lugar,
no sabiendo exactamente

el sitio determinado.

Sin embargo (lo más seguro) iré a ojos
cerrados.

Reviviré mi antigua

severidad de rostro

(ahora por razones valederas)

No llevaré etiqueta, boletas, mucho
menos recados;

tampoco preguntaré

qué se hubo de hipotecar para conseguir
la caja

(será incómodo hablar en ese instante),
además ya no tendría palabras.

Al fin soy la figura central en el entierro.

(El sol bronceado)

Si bien creemos que el poema, la palabra poética, abre mundo, la pregunta es, al mirar a cada poeta ¿qué mundo funda su punzante lenguaje? Y aquí está un poeta que sugiere, como efecto poético, un mundo sin metafísica. Cercano a cierto tono nihilista no promete paraísos, no sugiere eternidad, no cree en idea alguna de un refugio universal, como si el poeta que habla por el hombre revelara su miedo al vacío, como si el sinsentido de la existencia pesara y, en el fondo,

se deseara evitar. Y, en medio de este intento de evasión del vacío, la muerte siempre es un contrapunto. Se la conoce, se la presiente, pero no se le teme. En el fondo porque el mundo fundando, desde y para el nihilismo, sabe de su finitud. Y la parca no es otra cosa que el escudo de armas de este aciago mundo sin posteridad.

II

Leyendo a Pessoa

Debió ser en Lisboa hacia los años veinte.

Tú, me imagino, muy galante y cortés
Pero también algo tímido.

Ella, una muchacha hermosa de provincia

con quien te sentabas a mirar las nubes
pues cuando permanecías junto a ella
en las nubes te fijabas mejor.

El romance -pueril a pesar de todo-

poco tiempo duró, y sin embargo

como todo aquello que veías

siguió siendo para ti de otro modo,

a pesar de que no entendieras, no comprendieras,

que habías aprendido a mirar

con los ojos asombrados de una muchacha que te amó.

(El sol bronceado)

Preguntando por el aire

Este aire

que ahora mismo respiro,

¿de mi cuerpo hacia qué cuerpo irá?

¿Quién lo ha remitido a mí?

¿Fue acaso un aire respirado en la risa,

en el llanto, en el momento del amor

o a la hora de salir del sueño,

cuando es aliento cálido el aire que
viene de la noche?

¿Baten las alas del pájaro este aire

CELEBRACION DE LA NUBE



CASA DE POESIA FERNANDO MEJIA MEJIA



Antes de llegar al otro
o simplemente va de mi boca a sus
pulmones
como me llega el agua del río
por el grifo o la ducha?
¿Qué de mí se va en el aire; qué me
llega?
¿Qué último aliento tocará el poema?

(Celebración en la nube)

Hemos sugerido que la tarea del poeta es ir contra el lenguaje. Una ruta para ello, quizás fácil, quizás imposible, es sabotear la gramática inventando una nueva. Otra ruta, la de Orlando, es la de hacer que la gramática nos regale una nueva semántica. Y, lo sabemos, eso hacen la mayoría de poetas. El truco está en respetar las reglas y a pesar de ello que el sentido se aleje del diccionario, rompa cualquier significado socialmente establecido. Y con una sencillez maravillosa podemos ver este acto de pensar la poesía misma en nuestro poeta. Sea con una oda al trabajo de otro gran poeta, sea con una elegía al aire, es la poesía la tributada. Como un manual poético que explica la manera en que se teje la poesía (aunque el poeta mismo no lo

Poemas, amor y muerte

sepa) se nos revelan los secretos del arduo trabajo que da vida al poema. Como un canto al inmaterial aire, se tematiza la manera en que el aliento (que insufla vida) nos conecta, nos permite pasar del simple acto de consumir oxígeno, al trascendental ejercicio simbólico de suspirar conmovidos por la poesía.

III

Eureka

No pidas, como Arquímedes,
una palanca y un punto de apoyo
para mover el mundo.
Inclínate mejor,
por poner una rosa
en las manos de una mujer.
Con alcanzar su corazón,
ya estarás
moviendo el mundo.

(Simulacro de paraíso)

Iniciación

La pasión aletea
entre los dedos ciegos
de los amantes
Torpes manos,
como de cirujano que ha perdido el
pulso,
hacen la primera caricia.

(Celebración en la nube)

El no suicida

En mitad de la noche
y bajo un árbol maduro de pájaros
se acurruca siempre
el no suicida.
Ese hombre
que no disparó su arma
ni al corazón ni al desengaño
llora allí su costumbre del mundo.

(Celebración en la nube)

Y si bien todo poeta, nos recuerda Zambrano, es un hijo enamorado, creemos que inoculado en sus poemas, está un Orlando que, en medio del nihilismo, cree con fuerza que amar es un modo de supervivencia. Y la simpleza de la imagen del amor es de una gran potencia. Del cliché mediático que supone que amar es la razón de ser de la existencia, deviene en un genuino canto al modo de habitar amando. Y esta imagen, lo sabemos bien en nuestro poeta, es mundana. El amor es torpe, se tropieza, tiene la capacidad de encantarnos precisamente porque está lejos de cualquier idealidad. Incluso, bien creemos que es el amor el que, confesándolo en clave poética, permite que el paso por la tierra de la desesperanza permita seguir en pie otro día más. Tal como el falso suicida que en medio de su melancolía también ama, sin confesarlo, la vida.

...

Entre el amor y la muerte se mueve la obra poética de Orlando Sierra. De un trabajo dedicado a explorar, casi en clave ontológica, el sentido de la existen-

cia, de una oda a la nada radical, termina en el reconocimiento del sinsentido de la vida, tanto individual como social. Se cruza por el reconocimiento de las voces poéticas que regalan sentido a quien descubre que el mundo no se agota solamente en los placeres de la carne, para desembocar en el misterio del amor como una suerte de consuelo. Y cabe señalar que la muerte se delinea crudamente, que nuestro poeta pareciera conocerla muy bien desde sus poemas de juventud, que es capaz de tematizarla con el tesón del más existencialista filósofo. Y eso, contrasta, con su visión casi ingenua del amor, en el idilio de sus poemas de adultez que, en algunos lugares, rozan con la cursilería y en otros con la mirada del niño maravillado. Sin que carezcan de elaboración la simpleza que los mueve, creemos, revela el gesto de una visión honesta. Y esta honestidad no es otra que el reconocimiento del sinsentido de la vida; amar con locura es una válvula de escape, una forma poética de dar la espalda a la gramática de una realidad que se nos escapa.

Referencias

- Bachelard, G. (1993). *El aire y los sueños. Ensayos sobre la imaginación del movimiento*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Heidegger, M. (1998). *Arte y poesía*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- Sierra, O. (1978). *Hundido entre la piel*. Manizales: Impresos Cardona
- Sierra, O. (1985). *El sol bronceado*. Manizales: Imprenta Cafetera de Caldas.
- Sierra, O. (1992). *Celebración de la nube*. Manizales: Casa de Poesía Fernando Mejía.
- Sierra, O. (2014). *Poemas*. Manizales: Manigraf Grupo Editorial.
- Zambrano, M. (1993). *Filosofía y poesía*. Madrid: Ediciones de la Universidad de Alcalá de Henares.